

## Género, sexualidad, religión: provocaciones teológicas a partir de una novela latinoamericana

Hubo algo que Sacramento nunca perdió a partir de ese episodio: la convicción de que la literatura es una modalidad del conjuro y que puede develar claves secretas.

*La novia oscura*, Laura Restrepo

### Resumen

El presente artículo pretende hacer un acercamiento entre teología y literatura latinoamericana. *La novia oscura*, de la escritora colombiana Laura Restrepo, quien se dedicó durante 20 años a la política y al periodismo, además de ser galardonada con premios literarios. Los ejes *género-sexualidad-religión* son la clave hermenéutica para atisbar la novela desde algunos de los temas fundamentales de la teología feminista latinoamericana y el fenómeno religioso.

La relación entre teología y literatura es considerada como el lugar en el que se revela lo humano, pero también lo divino en la historia humana. La literatura revela una cierta antropología que ayuda a entendernos mejor como seres humanos, nuestros constructos sociales y a una lectura teológica, en este caso, de la novela.

En este sentido, temas como los cuerpos, la religión, la prostitución, los límites, la transgresión y la normatividad se constituyen en ventanas a través de las que se puede observar la religión, el género y la sexualidad, la literatura latinoamericana de mujeres y la teología latinoamericana.

**Palabras clave:** género, sexualidad, religión, literatura, teología.

### Introducción

Uno de los elementos para resignificar la religión son los rituales. Las religiones indígenas, las afrocaribeñas, las teologías contextuales, específicamente las teologías feministas, han desafiado permanentemente una cierta tendencia a la ortodoxia de ritos en la experiencia religiosa. Es así que, en este desafío proveniente de experiencias religiosas, muchas veces al margen, se dan procesos de resignificación entre creencias y prácticas. Quiérase o no los ritos crean vínculos sociales que producen, por un lado, identificación y, por otro, la diferencia en la cultura en la que se vive. Esta cultura, cada vez más plural, problematiza lo que hemos asumido como cultura latinoamericana. Un tejido amplio y diverso en el que los rituales no sólo pueden crear identidades individuales, sino colectivas en los espacios de la cotidianidad.

La teología feminista incorporó a la cotidianidad o vida diaria *cuerpos* como una categoría, no sólo de análisis, sino del quehacer teológico. Es en ella donde se dan distintas formas y dinámicas, perspectivas y prácticas cotidianas. Por estas razones es que gestos, miradas, pensa-

---

<sup>1</sup> Doctora en Estudios Latinoamericanos, profesora de Nuevo Testamento y Hermenéutica feminista. Exrectora de la Universidad Bíblica Latinoamericana. Investigadora en temas de género, hermenéutica feminista y estudios latinoamericanos. Autora del libro *El tejido de la Biblia y la vida: relectura bíblica con perspectiva de género y de diversos artículos*.

miento, narrativa, poesía, sexualidad, contemplación, palabra, danza, esperanza e indignación, entre una larga lista de aspectos, se convierten en espacios privilegiados de resignificación individual y colectiva. Las dimensiones simbólicas y rituales que pasan por acciones, se inscriben en la gestión corporal, biográfica y comunitaria para demarcar identidades, relaciones sociales, subjetividades y alteridad.

Tradicionalmente hemos aprendido a entender los ritos en el ámbito religioso, dotados en sí mismo con una significación determinada y una representación única. Es decir, los ritos como prácticas son resultado de las creencias religiosas. Sin embargo, una u otra forma de entender o vivir la experiencia religiosa, no es únicamente la tarea de la resignificación de los ritos, sino también entenderlos como fuera de ese sistema religioso imperante y cuestionado. ¿Es posible teológicamente esto? ¿Se pueden considerar los ritos religiosos fuera del propósito establecido de dar explicación teórica a la religión? ¿Se puede ir más allá de las dicotomías religiosas, antropológicas y culturales?

Las dicotomías religiosas, como la muy difundida entre cuerpo y alma, se ven confrontadas por la materialidad de la corporalidad de los sujetos que, al resignificar los ritos, se comprometen públicamente con otras posibilidades de representaciones, especialmente las colectivas, en otras maneras de experimentar sus anhelos y búsquedas más profundas, sean estas llamadas religiosas o de otra forma. La pregunta surge ¿necesitamos entonces de la religión? Si la religión expresa un carácter dual de los sistemas simbólicos, ya que expresan funciones instrumentales y expresivas-significativas a la vez de forma universal, ¿cuáles serían los cambios radicales o procesos de negociación para la producción de pluri-sentidos, donde el bagaje simbólico desde la experiencia individual y colectiva, así como las biografías, discursos y eficacia simbólica de las acciones, reconozca las visiones de mundo desde una incertidumbre, que más que provocar miedos y paralización, pueda ser inspiración para una caminata libre y creativa desde la realidad y para transformar dicha realidad.

Las creencias y las prácticas son parte de la condición humana, los ritos son acciones simbólicas que tienen también una resignificación de práctica social. Por lo que politizar la religión es un acto de cada día, equivale a resituar distintos temas de la vida humana y del planeta en un marco en el que las fronteras no son definitivas y las regulaciones no son inevitables. La discusión sobre el rol de la religión, la religión que no queremos, o las prácticas religiosas que conformamos, será una constante permanente en el ámbito político. Las últimas décadas han mostrado que lo religioso desbordó del ámbito privado para encontrarse una vez con las limitaciones propias de una sociedad que cambia, coyunturas que se agudizan y la realidad latinoamericana en la que la pobreza, la exclusión y las paradojas son el pan de cada día.

## **La literatura latinoamericana narrada por mujeres**

Desde la literatura latinoamericana se puede repensar la religión en América Latina y, en relación con elementos de la teología feminista crítica como las experiencias, la cotidianidad de la violencia, discriminación, prejuicios y resistencias, se cuestionan no sólo los ritos, las prácticas, sino el mensaje que, en el caso de América Latina, podría caracterizar una Iglesia que acompaña al pueblo en su peregrinar. Las dolorosas situaciones de pobreza, desigualdad, marginación y discriminación gestionan la necesidad existencial de la intervención divina desde otras esferas, o la crítica acérrima a ciertas representaciones. Estos sentimientos pueden estar mezclados para que den lugar a la ambigüedad, como parte de la existencia humana. La literatura latinoamericana es

un buen ejemplo, como es el caso de la narrativa colombiana, en la pluma de Laura Restrepo. Los personajes nos ubican de frente a vivencias que oscilan entre el miedo y la esperanza.

En la novela *La novia oscura*, cuya trama se desarrolla en lo que hoy se conoce como Barrancabermeja, en el corazón del eje petrolero de Colombia<sup>2</sup>, Restrepo ilustra de manera magistral estas ambivalencias en lo religioso. Su personaje principal, basado en una niña que quiere ser prostituta, que no da su nombre y que luego se convertirá en *Sayonara*, niña-mujer que con sus rasgos indígenas será la atracción del bar en el barrio La Catunga, el barrio de las mujeres en Tora. La pregunta inicial de Sayonara que revela el desconocimiento de la representación del Cristo-imagen es una clave inicial para ubicarnos en esta reflexión:

-Madrina -se atrevió a llamar la niña-, madrina, ese señor mete miedo.  
-¿Cuál señor? -preguntó media dormida Todos los Santos.  
-El de la barba.  
-No es un señor, es un Cristo. Confía en él; pídele que vigile tu sueño.  
¿Confiar en el enemigo? Preferible morir. Tal vez si no la mirara... Se tapó la cabeza con la almohada y cerró los ojos, pero adivinó en seguida que el Cristo dejaba de sonreír y le hacía muecas horrendas... (Restrepo, 2005, p. 37).

Restrepo escribe este encuentro de la niña ante el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, que es el santo patrono de Colombia. Este encuentro con esa imagen nos hace pensar en las imágenes preponderantes que se tienen de Dios desde una visión patriarcal, esbozado en los discursos religiosos y culturales como fuerte, invencible, todopoderoso e inmutable. No es difícil imaginar este encuentro de esta niña-mujer ante dicha imagen que palpamos en el resto del diálogo,

De tanto en tanto se volteaba de un brinco para controlar al Cristo, que sólo la miraba, sonriente y melancólico, con el corazón malherido en la mano.  
-Madrina, ¿no será que le duele?  
-¿Le duele?  
-Al Cristo, ¿no será que el corazón le duele? (Restrepo, 2005, p. 38).

Definitivamente la imagen del Sagrado Corazón de Jesús es impresionante, al mismo tiempo produce otras sensaciones y también preguntas... A pesar del miedo a la imagen, Sayonara pregunta ¿no será que el corazón le duele? Desde las ambigüedades religiosas y de género se organiza el pensamiento dualista y se entiende también el mundo. Procesos de identificación con el Cristo con el corazón sangrante en la mano, así como las prácticas comienzan a tener sentido, se interiorizan en esa relación humano-divina y, en el caso del personaje femenino, Sayonara su nombre de oficio, en incorporar lo propio y recibir una alerta también significativa. Es que la religión es un impulso para apegarse emocionalmente a ese nuevo lugar, por un lado, deseado y, por otro, desconocido. Tal vez por eso la niña acorta la distancia con la imagen,

Salió muy temprano el sol y empezó para el desgranarse de los días una nueva existencia. La niña no sólo le fue perdiendo el miedo al Cristo sino que empezó a acercársele con una familiaridad equívoca y una pretensión de diálogo que a Todos los Santos le parecían teatrales y excesivas. -Hay que rezar, muchacha, pero no mucho- le recomendaba (Restrepo, 2005, p. 38).

---

<sup>2</sup> Barrancabermeja y la Tropical Oil Company (Troco) en la década de los 40, época conocida como *la Violencia*, que se refiere a la guerra civil, entre 1946 y 1966, que es el momento histórico en el que se enmarca la novela.

Aunque la recomendación de “rezar, pero no mucho”, de parte de la madrina de oficio, en su papel de madre llamada Todos los Santos, despliega una actitud cuidadosa en relación con la religión. Esa es la maravilla de la novela, poder jugar con tantas personas y actitudes en distintos planos, así como con tantas historias de vida y el recuento explícito e implícito del deseo, así como de la muerte. Todos los Santos hace una conexión entre deseo y rezo como acciones de Sayonara, “vaya manera tan tonta de desperdiciar un deseo. ¡Cada quién pide cada cosa...! Antes de acostarse, Sayonara se paraba delante del Sagrado Corazón y le pedía una gracia rara -recuerda Todos los Santos-”. Un pedido para dormir sin miedo, sin los sobresaltos que implica vivir bajo la amenaza de la muerte.

Raro pedido, puede ser, para quienes la muerte es algo distante. Pero, para Sayonara los muertos importaban, esos que eran llevados a montones por el río, solos y quietos llevados por la corriente, para poder ver a todas sus anchas el cielo y visitar a los vivos...

Supo también: Yo soy yo y mis muertos, y se sintió menos sola, como si hubieran acertado los millones de pasos de su distancia (Restrepo, 2005, p. 352).

En contextos sociales marcados por la violencia y la muerte, la frontera entre las dos es casi desconocida. La muerte aquí representada en la novela dice algo de esta ambigüedad marcada por la dureza de quienes apenas viven. Laura Restrepo, como periodista y escritora, nos introduce en sus páginas a la realidad colombiana, su novela nos pone frente al entramado religioso, económico, político y social.

La relación con la espiritualidad se da en un universo ambiguo, aparentemente desconectado, pero, con una mirada más atenta, descubre otro sentido que resignifica la fe y la propia divinidad. Esta relación que se establece entre la niña y el Cristo es interpretada desde Todos los Santos,

Un día en que se desempolvaba con plumero la imagen del Jesús sangrante, encontró embutidos entre el lienzo y el marco unos zurullos raros, pequeños, como ovillos de los que forma lana la polilla, pero de papel. Se le ocurrió desenroscar uno y medio y se asustó, medio se maravilló al verlo cubierto de una escritura apretada y microscópica que se dispuso a leer con lupa, pero no encontró allí letras legales, alfabeto conocido, sino un garrapatear a veces alargado y otras veces chato, siempre con muchas patas (Restrepo, 2005, pp. 38-39).

Los mensajes son de Sayonara que no sabe escribir ni leer, pero que ha puesto en el cuadro del Sagrado Corazón sus pedidos, sus deseos. Y cuando Todos los Santos le pide una explicación, un breve diálogo pone de manifiesto:

- Son mensajes que yo le escribo.
- ¿A quién?
- Pues al de la chivera.
- Ya te dije que es Cristo.
- A Cristo, pues.
- ¿Y qué clase de escritura es ésta?
- Una que él me sabe entender (Restrepo, 2005, p. 39).

La resignificación que se da con otra especie de signos escritos, otra simbología que no

pasa por palabras, pero que remite a sentidos que brotan de los cuerpos, de los corazones deses-peranzados, de los deseos firmes, de producir a borbollones otro lenguaje que no es el que legitima un lenguaje inteligible y determinado por otros, por el hecho mismo que le fue negado el derecho de aprender a leer y escribir. Una resignificación en la que se establecen *memoria*, *historia* y *testimonio* como claves para comprender la realidad.

## Sexualidad, marginalidad y resistencia

La religión narrada en estos fragmentos de la novela se ve impregnada hasta en los nombres de los personajes desde una realidad del mestizaje, de la instalación de la transnacional petrolera con trabajo masculino y el desarraigo familiar para ganarse la vida. Por otro lado, el burdel y la convivencia femenina muestra la realidad social del contacto entre ambos mundos marginales: el de las prostitutas y el de los trabajadores del campo petrolero y la sexualidad pulsante en hombres torpes y solitarios en búsqueda de profesionales del sexo. Otro aspecto ambiguo de la realidad humana. En medio de la negación, la libido reclama espacio y se manifiesta soterradamente entre los-las excluidos-as. Esta realidad humana, cultural y religiosa a la que el espacio de la novela nos remite muestra convivencia, a veces cómplice, de juntar a los y las pobres. Así lo representa Restrepo:

Entonces se abría la noche de par en par y sucedía el milagro: a lo lejos y al fondo, contra la oscuridad grande y sedosa, aparecían las ristras de bombillas decolores de La Catunga, el barrio de las mujeres. Los hombres recién bañados y perfumados que los días de paga bajaban apiñados en camiones por la serranía desde los campos petroleros hasta la ciudad de Tora, se dejaban atraer como polilla a la llama por ese titileo de luces eléctricas que eran promesa mayor de bienaventuranza terrenal (Restrepo, p. 11).

Si bien la crítica literaria feminista es un eje fundamental para cualquier obra, no se puede negar que toda producción o creación literaria es ficción, pero también representa una sociedad, en este caso latinoamericana, a veces la devela, la critica y la recrea. El personaje femenino de Sayonara, se vuelve paradigma de resistencia y de fragilidad, de las ambigüedades religiosas y culturales. ¡Ella no está sola en ese microuniverso literario! la acompañan otras mujeres y hombres, otras historias, otros deseos, otros juicios... ¡Otros cuerpos!

Contar las historias desde los cuerpos y su sexualidad, narrar el contexto en el que viven los dogmas religiosos de la religión institucional, la discriminación, la pobreza, la explotación, la organización social, las ideologías imperantes. *La novia oscura* nos recuerda nuestras realidades y el desafío para reflexionar teológicamente.

La literatura latinoamericana, de Laura Restrepo en nuestro caso, nos recuerda ese hiato existente entre la realidad y su representación, aun con las dificultades que pueda presentar a la historización. Sin embargo, nos permite advertir un camino para esta proyección histórica desde la realidad de los-las invisibles de nuestros mundos, con sus anhelos, sus luchas, sus sufrimientos, que confían en algo que está más allá de la inmanente realidad con su aspereza y falta de sentido.

Es así que se teje también la resistencia en la novela, el deseo de sus personajes-trabajadores de la Petrolera y de complicidades entre grupos sociales: las mujeres del burdel y los obreros. Complicidad en el sexo y las luchas justas que hacen evidente que identificarse con el otro/otra es participar en esa historia colectiva, es resistir para vivir con dignidad y que los elementos

religiosos no están necesariamente presentes, tal como los podríamos imaginar. Sólo humanidad, necesidad y deseos de cambiar la realidad. Es tal vez desde estas experiencias que podríamos encontrar puntos convergentes con otras espiritualidades de resistencia.

Esa resistencia a la resignación ante lo indigno, no sólo ante la búsqueda del amor, es la que nos hace seres humanos. Los 400 hombres del Campo 26 de la Petrolera estallan en una huelga conocida como la “huelga del arroz”, que no se resigna a recibir bolas de arroz mal cocidas cada día. A esta lucha se suman las prostitutas de La Catunga. El nombre es muy significativo como clave de interpretación, pues el barrio de las mujeres honra el nombre de Santa Catalina, “*la Catica cariñosa, la Catunga compasiva según la devoción que todas ellas le profesaban por casta, por mártir, por hermosa y por ser hija de un rey*”<sup>3</sup>.

Las mujeres organizan la huelga con los obreros petroleros pero es saboteada y ellas realizan su “huelga de piernas caídas”. La empresa y el ejército dictan la orden de que la población no alojará a personas que no sean de la familia o a personas de dudosa conducta que pudieran comprometer el buen nombre de la familia. Las primeras directrices de “limpieza de la zona roja” y el proyecto de construir en el barrio viviendas multifamiliares. Un proyecto de “familización” basado en decisiones políticas y empresariales, para instalar el orden, no más desarraigo ni hacinamiento, ni prostitutas. Ya no será más La Catunga, sino “La constancia”. Hombres que antes de lanzarse a la lucha tendrán que pensar en la familia, esposa, hijos, el trabajo que hay que mantener con el ánimo absoluto de reafirmar el orden patriarcal y heteronormativo.

## La moralización y regreso a la “normalidad”

Las tradiciones poseen una fuerza casi institucional instalada no sólo en la experiencia humana individual y colectiva, sino instalada en la cultura, sea ésta en el fin del mundo o en las grandes ciudades. Al igual que en la vida real, las personas se debaten entre creer o no creer, igual que en los procesos de subjetivación de la lectura de las novelas, de la poesía, del arte, etc.

La trama de *La novia oscura* nos muestra muchos lugares, la periferia, el centro, lugares altos y lugares bajos. El barrio La Catunga!<sup>4</sup> La iglesia a la que no pueden entrar todo el tiempo, el cementerio donde no pueden ser enterradas si cometieron suicidio. Lugares puros e impuros, espacios religiosos y espacios impuros. Prostitutas excluidas de la iglesia y del cementerio mayor. Aun el Centro de Salud se convierte en el lugar de más alta degradación cada vez que deben hacer sus exámenes por las enfermedades venéreas. También nos muestra a un grupo de mujeres que conviven entre sus deseos y frustraciones, el día a día, que se nutren con el compartir cotidiano, dar y recibir soporte político y práctico, enfrentamientos entre la vida y la muerte que, a veces, parecen ser lo mismo.

Después de la huelga se impone el regreso a la “normalidad”. Esto no sólo es un discurso religioso, sino político-económico impositivo. Porque ¿qué es la “normalidad”? sino la imposición del proyecto hegemónico, regido por convenciones morales-patriarcales, que poco se preocupa con la desigualdad o la injusticia, sino más bien se identifica con intereses individuales, normativos y elitistas. Las estrategias políticas y del capital también encuentran eco en las doctrinas religiosas, en las que las creencias cómplices unen sus propósitos.

---

<sup>3</sup> No sólo el Sagrado Corazón de Jesús, sino la santa para hacer oposición al oficio de putas. La santa está referida a Santa Catarina de Alejandría, alrededor de la cual Sor Juana Inés de la Cruz prefigurará en su obra como profeminista. Es un referente simbólico femenino, a la vez, es adherirse a su genealogía.

<sup>4</sup> El lugar de las transgresiones de los límites establecidos, el espacio de las mujeres.

Mientras brigadas de franciscanos de impreciso acento mediterráneo, enfundados en burdos hábitos color marrón, parecían escaparse del Medioevo y caer en Tora para impartir cursillos de preparación prematrimonial, otras brigadas, también de capucha pero sobre el rostro, recorrían las calles humillando a la población y cobrándoles a posteriori su "amistad con los bandidos de la huelga" (Restrepo, 2005, p. 356).

La literatura latinoamericana nos ha presentado esta relación entre género-sexualidad y religión. Una dinámica que no se puede obviar y que ha estado presente como una tensión en la teología latinoamericana, específicamente desde la teología feminista crítica.

En un contexto continental en el que emergen a diario distintas situaciones o coyunturas socio-políticas, económicas, religiosas y culturales, es una tensión que continúa y que no necesariamente tiene que resolverse. Es una tensión que también apunta a la diversidad sexual, que es un tema primordial en la agenda política en muchos países. Por otro lado, está presente en la religión cristiana, que ha realizado múltiples debates sobre estas voces y quehacer público hegemónico de la religión, desde los microespacios hasta lo macro.

El tema de la diversidad sexual y las nuevas formas de conformación familiar irrumpen tanto en la discusión teórica como en la práctica. Por otro lado, la realidad de pobreza que se sostiene y profundiza sigue generando no sólo expulsión social de los países de origen, sino que la violencia de género, la violencia religiosa o de cualquier otro tipo de institución, la violencia sexual y los feminicidios siguen creciendo aceleradamente, así como la presencia de las mujeres y hombres en las luchas por *Ni una menos*, en los que distintos países del continente y del mundo se han sumado.

La novela *La novia oscura* nos cuestiona acerca de los conceptos de "normalidad", desde las voces, los sentimientos, la fe, de mujeres y hombres explotados y marginados. Es un rescate a una humanidad desfigurada en su pobreza y su no lugar, pero que revela una grandiosidad de esperanzas, de deseos, de vida que pulsa, de simbologías y resignificados.

Por tal razón, esa dimensión pública de la religión la sitúa como un eje en las agendas políticas y académicas. Uno de los temas que ocupa estas agendas es lo que concierne a la sexualidad. Distintos roles, desde las creencias religiosas, se discuten sobre individuos, colectividades, familias y cultura, en un acercamiento de la religión-sexualidad-política.

La sexualidad, sus prácticas y regulaciones, están fuertemente conectadas a la atribución de significados, a la construcción de "jerarquías de valor sexual" en las cuales las religiones son agentes de producción y reproducción con alto impacto (Vaggione, s.f., p. 291).

Las religiones o la religión cristiana en América Latina se ven imbuidas en este debate público, en el que no sólo tiene que responder a distintos sectores sociales, sino que debe enfrentar también diversas disonancias internas. Las disonancias se constituyen en una oportunidad para posibles transformaciones, a la vez que se erigen como obstáculos para otra forma de ser Iglesia, en la que los avances del feminismo y del movimiento por la diversidad sexual puedan tener incidencia en sus propuestas teóricas y prácticas.

Nada más pertinente que el pensamiento de la teología indecente de Marcela Althaus-Reid, fallecida hace algunos años. Su criticidad teológica, así como su ingenio para el uso de metáforas sexuales, representa una oportunidad para repensar no sólo la teología, sino todo

el sistema religioso. Althaus-Reid dice que hay que “desvestir” los patrones de dominación hetero-jerárquica.

Códigos, referentes, representaciones, ritos, creencias cómplices de la religión deben ser “desvestidos”, o seguir “desvistiendo” en procesos no sólo que desmonten dichas estructuras y manifestaciones, sino que pueden montar o reconstruir otras formas de convivencia, o de tejer la comunidad afectiva de mujeres y hombres creyentes desde la diversidad sexual.

Hemos avanzado en la crítica del sistema patriarcal desde la teología feminista, distintas disciplinas y categorías de análisis nos han ayudado en estas tareas convertidas a la cotidianidad desde los espacios políticos y académicos de algunas instituciones teológicas. La categoría de género y la hermenéutica feminista han sido de gran ayuda. Sin embargo, la lucha desde las categorías de género por repensar otra Iglesia posible, una religión transformada, indica que se hacen necesarias otras categorías de análisis. Nancy Bedford, en su conferencia en Isedet, recientemente abordó esta temática de *sexo y género desde una perspectiva teológica* y propone leer de otra forma nuestros discursos teológicos.

Finalmente, otro elemento distintivo del acercamiento teológico a la temática de la sexualidad y del género es que la fluidez epistemológica que requiere nos ayuda a la hora de repensar nuestro discurso acerca de Dios<sup>5</sup>.

Bedford retoma la “fluidez” ya asumida en otros discursos feministas y hasta postfeministas como una oportunidad para la teología. Esa fluidez presente en la historia del cristianismo es la que se “moralizó” y se “normalizó” y mantiene una tensión muy fuerte con la realidad de la diversidad sexual y sus expresiones en la actualidad. Bedford hace memoria de cierta expresión de género fluida del cristianismo primitivo que, con el transcurrir del tiempo, se fue disciplinando, ordenando, controlando, sometiendo a un estatus quo.

Esta lectura que hace Bedford del cristianismo primitivo, nos hace conectar con la lectura crítica de Althaus-Reid en su libro *Teología indecente*, sobre los códigos de “decencia” que trajo la colonización a nuestras tierras. Los códigos latinoamericanos estratificados de acuerdo con la clase, raza y género.

Desde la *interseccionalidad*, término acuñado por Kimberly Crenshaw, los vectores de raza, sexualidad, clase, género e imperialismo se multiplican mutuamente. Estos códigos ponen en evidencia las múltiples formas de marginalización, la generación de identidades y visibilizan las opresiones.

Estos códigos de la “decencia” encontraron su representación y simbólica en la religión que sustentó la cristiandad. Disciplina, control y normatividad se convirtieron en la sustentación del objetivo de la religión, sea para salvación-liberación u opresión-culpabilización.

Aunque es imposible imaginar la salvación sin cuerpos, sin sexualidad(es) que podría convertirse en una de las razones de la religión, este planteamiento nos parece vital para visibilizar esta vinculación entre género, diversidad sexual y religión. Una vinculación que se proyecta más en la línea de la religión como un medio para la opresión y la culpabilización. Este es uno de

---

<sup>5</sup> Recuperado de <http://bibliotecaisedet.files.wordpress.com/2011/08/sexo-y-gc3a9nero-desde-una-perspectiva-teolc3b3gica.pdf>

los roles de los imaginarios sostenidos como verdades a medias y revestidos religiosamente, y nos encontramos con las dificultades para deconstruir socialmente imaginarios opresores y crear otros justos.

### **¿La religión en un mundo secular y plural?**

La relación de la literatura latinoamericana y las teologías feministas invitan a dialogar con otras teologías y a escuchar, comprender y responder en un mundo secular y plural.

La literatura latinoamericana, la novela que hemos tratado someramente, nos da un colorido de la realidad latinoamericana, situada a inicios del siglo XX, pero con la cual nos podemos identificar hoy en día. En la novela *La novia oscura*, confluyen no sólo imaginarios culturales, sociales y religiosos, sino que las ambigüedades de género permean la cotidianidad. Por un lado, la crítica a la política de la transnacional del petróleo y, por otro, en un pueblo en el que casi todos y todas llevan nombres relacionado con lo religioso, incluso con la ironía de explicar el nombre Sacramento porque a los hombres que no conocen su origen paterno la Iglesia los llamaba Sacramento. Un mundo en el que convive la realidad de la prostitución y la explotación, con personajes con voces propias y pensamientos claros con respecto a su realidad.

Sin embargo, las ambigüedades que se construyen en torno al deseo, inclusive al amor romántico de la protagonista Sayonara, pues al final de la novela, ella espera por el amor de su vida, el Payanés, y se deja abierto el final de la novela para imaginar la realización o no de este amor romántico.

Así como iniciamos este artículo con la niña que no sabía escribir más que garabatos en papelitos ininteligibles para otros, en el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, al final ella verbaliza sus deseos de amor a través de la mediación religiosa:

-No me enseñe a resignarme, madrina, que no quiero aprender... Señor Jesús –volvió a rezar-, ayúdame a no darles la razón a quienes creen que éste es un valle de lágrimas, amén (Restrepo, 2005, p. 444).

Desde la reflexión teológica feminista también nos acercamos reflexivamente a la sexualidad, las creencias religiosas, la resistencia que están enmarcadas en una matriz heterosexual y normativa y de opresión por la pobreza, la exclusión y por los oficios adquiridos y a veces impuestos.

La novela de Laura Restrepo es una literatura escrita desde los márgenes, por lo que las teorías poscoloniales son un recurso para la crítica literaria. Una lectura poscolonial que debe trabajar el concepto de género como de encrucijada de confluencias o intersecciones porque se hace desde los bordes de las distintas disciplinas que nos interesan como creyentes críticos: la teología feminista, la historia, la antropología y la psicología. Desde el género, las feministas hemos aprendido a trabajar con parámetros sobre el sexo, tales como el relativismo, la deconstrucción, la subjetividad y la heterogeneidad. Digámoslo más claro, la diversidad sexual y las teorías que ocupan un lugar de discusión en algunas academias y en el debate público.

Una pregunta válida es si cuando se alude a América Latina y el Caribe, se hace referencia a un continente secular. No ponemos en cuestión la pluralidad, porque precisamente la riqueza

reside en esa diversidad y polifonía cultural. Resulta evidente que, en ciertos espacios de debate feministas, en los que se discute sobre los feminismos, género y diversidad sexual, el tema de la religión parece una cosa superada en América Latina. Aun reconociendo el aporte de la teología feminista crítica, el hecho de asociarla directamente con la religión hegemónica, pone en duda no sólo su práctica y teoría, sino su historicidad en contextos concretos. Aunque coincidamos con los feminismos y luchas de la diversidad sexual, nos encontramos con esta dificultad de situar lo teológico como una contribución en la búsqueda de respuestas y de planteamiento de preguntas en distintos nudos temáticos en la sociedad.

¿Qué entendemos por un mundo secular y plural desde América Latina para la religión cristiana y las religiones autóctonas? Tal vez la discusión debería encaminarse por allí y tomar distancia de la experiencia religiosa no es suficiente para resignificar los imaginarios y la simbólica de las creencias.

Por lo tanto, el rescate del imaginario representado en la ficción literaria, que tan bien nombra los-las protagonistas que están presentes en los contextos latinoamericanos, en el límite de la vida, por el empobrecimiento y su propia negación, pero que permanentemente recrean un sentido aparentemente desconectado con la “normalidad”, nos impulsa a desconfiar de las posibilidades teológicas a que estamos acostumbrados. Desde la invisibilidad de las brasas bajo las cenizas hay conocimientos, espiritualidad, deseos que cambian todo un sentido y afirman otro sentido para la teología.

Requerimos de otras imágenes de Dios y del ser humano, de otros rituales, de formas desafiantes que nos permitan reconocer al otro y la otra. La relación entre teología y literatura latinoamericana, desde los discursos que se proponen sobre los cuerpos, la sexualidad, la marginalidad y cómo desmontar una centralidad de la religión en la que los cuerpos son marginales y condenables.

## Referencias

- Althaus-Reid, M. (2005). *Perversiones teológicas en sexo, género y política*. Barcelona: Edición Bellaterra.
- Derrida, J., y Vattimo, G. (1996). *La religión*. París: Editions du Seuil.
- Magalhaes, A. (2009). *Deus no espelho das palavras. Teologia e literatura em diálogo*. Sao Paulo: Paulinas.
- Restrepo, L. (2005). *La novia oscura*. Bogotá: Alfabuara. Aguilar, Altea, Taurus.
- Vaggione, J. M. (s.f.). *Sexualidad, religión y política en América Latina*. Recuperado de: <http://www.sxpolitics.org/ptbr/wp-content/uploads/2011/07/sessao-4.pdf>